

La calle para el miércoles 2 de abril de 2008
Diario de un espectador
Los falsificadores
por miguel ángel granados chapa

El rey de los falsificadores en Alemania, Salomón Sorowitsch, se daba la gran vida en el Berlín de la preguerra, con el fruto de sus habilidades para el dibujo y para copiar el diseño, el colorido y la textura de los billetes oficiales. Un mal día es aprehendido por un oficial de la policía, Frederick Herzog, con quien volverá a encontrarse años después, en el terrible escenario del Holocausto.

Preso por sus delitos comunes, y luego llevado a campos de concentración y de exterminio por el simple hecho de ser judío, Sorowitsch (llamado Sally por sus amigos) es seleccionado para formar parte de un equipo de profesionales de las artes gráficas, a los que se reúne en el campo de Sachsenhausen. Herzog, su captor, se ha convertido en alto jefe de las fuerzas hitlerianas, que recuerda las destrezas de su aprehendido cuando recibe de Himmler, uno de los lugartenientes del Führer, instrucciones para emprender la operación Bernhardt, una gigantesca falsificación de libras esterlinas, con la cual quebrantar la economía británica. Los nazis han reunido allí a expertos en diversos aspectos de la impresión y de la industria del papel y aun del manejo bancario, judíos todos a los que se obliga a participar en la gigantesca maniobra. Se les aleja del resto de los presos en el campo y se les otorgan un mínimo de privilegios (entre los que aprecian sobre todo una limpia cama individual), aunque todos tienen la certidumbre de que, cualquiera que sea el desenlace de su misión, serán asesinados para borrar la huella de su trabajo.

Sally queda al frente del grupo, compuesto por una diversidad de caracteres y modos de reaccionar ante lo que se les obliga a hacer. Nadie siente, ni el propio Sorowitsch, que se aprecian sus dotes profesionales y que ello los pone al margen del maltrato generalizado de los nazis a los judíos. Al contrario, los espadones alemanes más burdos resienten las leves y pasajeras comodidades que se ofrecen a los falsificadores, sometidos a un plazo para lograr billetes británicos que no pueden ser identificados como falsos. A cada momento los insultos, los golpes, los gestos de desdén y aun la muerte a balazos sin la mínima justificación forman parte de la vida de los falsificadores.

Por fin, no obstante los esfuerzos del experto en reproducción gráfica, Adolf Burger, Sorowitsch logra la falsificación perfecta de la libra esterlina. Precavidos, los jefes nazis proveen de la falsa moneda a un agente que abre una cuenta en Suiza, donde los banqueros examinan con rigor el numerario, dándolo por bueno. En el colmo de la audacia, el agente declara no estar plenamente satisfecho con la certificación y logra que el mismísimo Banco de Inglaterra extienda la suya. Todo lo cual es comunicado por el satisfecho Herzog a Sally, a quien impone una nueva misión: falsificar dólares.

Burger se niega a participar en esta segunda fase del trabajo impuesto y sabotea las tareas. Más de uno de sus compañeros se sienten inclinados a denunciarlo, pues si el encargo fracasa sus días se acortarán, según la amenaza constante de Herzog. Con tal de salvar a sus compañeros, Sorowitsch allana los obstáculos que la falta de colaboración de Burger erige y logra una primera dotación de billetes. Para su buena fortuna, poco después, antes de que comience la producción en gran escala de la moneda norteamericana, los nazis pierden la guerra y ordenan desmontar las instalaciones. El convenenciero Herzog se había cuidado de ocultar libras esterlinas y dólares falsificados que le servirían para enfrentar las consecuencias de la derrota. Más, sorprendido por Sorowitsch, que está a punto de matarlo, queda en libertad, pero desposeído de la fortuna que cabe en un portafolio y con la cual Sally reiniciará su vida en Montecarlo.